

pel es, decir sin miedo ¡¡ sedivierta!
y hasta más ve! Cosas también de la
vida, que me tienen á jarros, sí señor,
jarros.

Un carro del tranvía pasaba en ese
momento. El Noticiero le hizo seña y
montó en él con gran majaza, y la po-
bre muchacha al verlo ir tan apuesto
y satisfecho oyó que la decía con
voz dulzona y presumida: ¡Adiós her-
mosa! Adiós hermosa!

FIGARÍN

Fantasmas

—Si es cierto, me dijiste conmovida,
Que abandonando su retiro eterno,
Suelen volver los muertos á la vida,
En las calladas noches del invierno;

Que si sufren, con voz aterradora
Demandan de los vivos las plegarias,
Y sólo á los reflejos de la aurora
Retornan á sus tumbas solitarias;

Si es cierto, y él viniera y profanado
Hallara el lecho que dejó vacío,
¡Qué dijera si al vernos, indigno do
Pidiese cuenta del perjurio mío!

De cómo pude yo, falaz y artera,
Jurar que nunca de tu amor los lazos
El alma, que era ya suya, hallar pudiera,
Si me entregaba en tus amantes brazos.

Por eso tengo, de la estancia oscura,
Hondo terror que dominar no puedo.
No me dejes; la aurora aun no fulgura;
Aproxímate más, que tengo miedo.

Mira; con clara luz — ¡luz importuna! —
Alumbra el cementerio de la aldea
Impasible y fatídica la luna...
Túrbase mi alma y mi razón flaquea.

Porque al mirar el blanco campanario
Entre la sombra que proyecta el huerto,
Me parece que envuelto en el sudario
Se alza terrible el engañado muerto.

Y de sus pasos fingeme el ruido
El murmullo del viento entre las hojas...
— Como tanto te quiero, no he reído,
Te dije, de esas fútiles congojas.

Los muertos nunca vuelven á la tierra;
Deja temores locos y pueriles,
Y olvida la patraña que te aterra,
Digna sólo de cuentos infantiles.

Sus miembros quedan en la tumba oprimos
Ni celos siente, ni el pesar le acosa,
Y ni al rumor de nuestros dulces besos
Alzar intenta la pesada losa.—

Senti agitarse tu ardoroso pecho,
Olvidamos el triste camposanto,
Y unidos en la sombra, en lazo estrecho,
Busqué tus labios y enjugué tu llanto.

Hoy mi huésped constante es el hastío,
Y hay en mi corazón tanta tristeza,
Que late enfermo y desolado y frío
Sin que haya encanecido la cabeza.

Ni esperanzas abriga en lo futuro,
Ni lo engañoso del pasado anhela:
La nieve de un invierno prematuro,
Más que la escarcha de la edad, nos hiela.

Sólo en noches de insomnio, en la sombra
Donde la vista fatigada pierdo,
Se levanta un fantasma que te nombra:
Fantasma de tu amor es tu recuerdo.

No es un fantasma de pasados bienes,
De blanca veste y fulgurantes galas,
Que dé frescura á mis marchitas sienas
Con el contacto de sus niveas alas:

Ma... que la sombra es negra su ropaje;
Es su beso morboso, su boca que quemó;
Sus palabras de amor son un ultraje,
Y su presencia soía un anatema

Cierro los ojos, cúbrome la frente;
Mas él lleva sus labios á mi oído,
Y me culpa de abrirte la pesadumbre
Del abismo sin fondo en que has caído.

Me cuenta tu abandono, tus desvelos,
Tus tropes dichas de mujer manchada...
Y hasta que luce el sol sobre los cielos
No abandona el espectro mi morada.

Y ya comprende el alma conmovida,
Cuando la hierde el torcedor interno,
Cómo hay muertos que vuelven á la vida
En las calladas noches del invierno.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

Fantasia de un escritor

El público disminuía por momentos
(sin duda no le gustan los discursos
largos.) El diablo sonreía, y el escri-
tor, arrastrado por el deseo de cum-
plir con su deber, no reparaba en na-
da, prosiguiendo:

—La vida es el poema heroico del
hombre que busca su corazón y no lo
encuentra; que quiere conocerlo todo
y no conoce nada, que desea ser po-
deroso y no es capaz de vencer ni sus
intimas debilidades. ¿Oísteis hablar
alguna vez de la verdad, de la justicia
y del deseo de los hombres de ser al-
tivos, libres y gallardos en la tierra?
¡No! Vosotros deseáis sólomente atra-
caros bien, tener abrigos, violar y per-
vertir á las mujeres con el pretexto de
amarlas. Queréis pasar vuestro tiem-
po tranquilamente. Tal es vuestro
concepto de la dicha. Todo vuestro
deseo se reduce á conseguir diez cén-
timos por uno. Pero es necesario a-
garrarse á la dicha con brazos robus-
tos, y sois débiles, miedosos y seniles.
Cada uno de por sí no es capaz ni de
coger una mosca; para matarlas nece-
sitáis valerosos de papeles envenenados
cuando con sus murmurios turban
vuestro sueño. Yo también quisiera
encontrar algún papel que os enve-
nara con terribles angustias; ¡Algunas
veces os emocionáis!, cuando peligran
vuestros negocios, cuando no conse-
guís vuestros bajos deseos, cuando
son pequeñas vuestras ganancias,
cuando cubrís con dificultad las nece-
sidades de vuestra familia, cuando (por
aburrimiento) vuestra mujer os enga-
ña; entonces gemís, entonces filosofáis
y la vida os parece miserable y ruin,
hasta que la suerte os ayuda ó encon-
tráis una querida. Pero con vuestros
murmurios, con vuestras desilusiones
y vuestras quejas corrompéis los oídos
de vuestros hijos. Fijáis su atención
en las ruindades de la existencia, en
sus cobardías, y su pensamiento se
mella como la hoja con la cual se cor-
tan ramas ó cabezas. Fatigados por
vuestras reflexiones acerca de la vida,
que desconocéis, vuestros hijos mecá-
nicamente siguen los caminos trilla-
dos y son como vosotros cobardes, in-
ertes y mezquinos. Buscan á su vez
la vida tranquila, templada, insulsa, y
cuando la encuentran vegetan como
sus padres. Podríamos compararlos
con el yeso húmedo que cubre las
grietas de una casa vieja. Pero esa ca-
sa pesada y sucia está impregnada con
la sangre de los hombres que perecie-
ron. Amenaza ruina. El presentimien-
to de su próxima destrucción la pene-

tra Vacilante aguarda su total de-
rumbamiento. Las fuerzas que deben
convertirla en un montón de escom-
bros, la intimidan; se contienen ape-
na y por momentos se las ve mos-
trarse impacientes. Al fin actuarán, y
el viejo edificio, al hundirse, aplastará
vuestras cabezas. Vuestro abandono,
vuestra indiferencia os hacen culpa-
bles. No hay entre vosotros inocentes.

Quedaba ya muy escaso público.
Algunos miraban al escritor compasi-
vamente, porque habían leído con gus-
to sus cuentos, y en su discurso no ha-
llaban la nota artística. Otros le mira-
ban con tristeza. Todos se aburrían,
pero ninguno se mostraba herido.

Un joven gritó:

—Palabras, nada más que palabras
Venga un programa práctico.

Un caballero de cierta edad suspi-
ró:

—¡Yo también era romántico en mi
juventud!

Una señora vestida de negro dijo:

—¿Por qué insultar á las mujeres?

El diablo reía.

El escritor continuaba:

—Es preciso añ dir que hacéis to-
do lo posible para ser desdichados.
No teniendo nada que os pueda ins-
pirar mutuamente respeto y amor, tra-
táis de convencer en el espectáculo
de la desdicha y la ostentación de sen-
timientos de baratillo. Os compade-
céis igualmente de vuestro sem-
jante y del perro al cual un coche rompe
una pata. ¡Ah! ¡Si el espectáculo de la
vida despertara en vosotros un senti-
miento de amor universal! Pero sois
incapaces de sentirlo. ¡Pobres mendi-
gos! Que sobre vosotros caigan males
bastantes para turbaros, inquietudes
que pueden haceros revivir.

Alguien dijo:

—Todos no somos lo mismo. Eso
es injusto.

El escritor prosiguió:

—Caballero: yo no puedo ser justo.
La justicia no existe aún en la vida.
¡Si valierais alguna cosa! Pero no sois
buenos ni malos; sois... la sociedad.
En vuestra juventud la escuela os pro-
porciona conocimientos iguales para
todos. Quiero suponer que os instruy-
en en la buena ciencia y os apartan
de la mala; pero no me avengo á la
idea de educar á los jóvenes con de-
seos de quietud y de posición confor-
table. Cuando abordáis la vida, vues-
tra presencia no disminuye las ruinda-
des, y aun á veces las aumentáis con
otras nuevas. A los veinticinco años
negáis la propiedad, y á los treinta y
cinco estáis ahincados. Trabajáis para
vosotros con mucha eficacia. Pero ¿qué
hacéis en pro de la vida? Nada; vivís
fríamente, hasta los que habláis con
apasionamiento. ¡Qué de torpezas en
torno vuestro! ¿Tratáis de destruirlas?
No. Los mejores se aíslan para evi-
tarlas. El deseo de no mancharse con
ellas algo bueno indica, pero un hom-
bre de corazón no teme nada, ni el
cieno. Hablemos una vez con verdad.
Todos somos culpables de las miserias
de la vida. No hay aún justos en la
tierra. ¿Por qué os mostráis tan servi-
les ante el poder? ¿Dónde aprendisteis
á temer tanto? Yo afirmo que todo lo
vil, todo lo miserable descansa sobre
vuestro terror y vuestros sentimientos
de esclavos. Lo repito, somos todos
culpables de las vergüenzas de esta
vida. Si yo creyese en la eficacia de
las maldiciones, os maldeciría. Pero
creo en otra cosa. Creo en la próxi-

ma aparición de otros hombres intré-
pidos y valerosos. La hora se acerca.

—¡Vaya, se acabó!—interrumpió el
diablo.

El escritor miró en torno. Ya no
había nadie absolutamente, y dijo:

—Es extraño. Se han ido todos ántes
de que yo acabara. Y aún falta
mucho que decir.

El diablo exclamó:

—El fuego de tu discurso los ha
destruido. Mira el suelo lleno de fan-
go. Es todo lo que queda de ellos.
Vámonos.

Ignoro lo que fué de mi hombre.
No quiero inventar el fin de su histo-
ria, y presumo que no acabaría bien.

Sólo sé de cierto una cosa: que no
es conveniente para un escritor tener
muchos admiradores.

Aquellos que tienen roce con el pú-
blico deben de cuando en cuando pu-
rificar la atmósfera de su vida, desin-
fectándola con la verdad.

Está es todo.

M. GORKI

POR LA MUJER

Saber gozinar bien, kon arreglo á
la iijen, á la ekonomía i al buen
gusto, es sin disputa el faktor más im-
portante en la felicidad de la familia.
La komita es la primera de nuestras
nezesidades i kuando está bien echa,
uno de nuestros grandes plazeres.
Sin embargo en Kosta Rika, pokas
mujeres se preokupan por el ade-
lanto de la kozina i kontinúan esta-
zionarias kon su arroz i frijoles, i frijo-
les y arroz. No se diga ke es por fal-
ta de rekursos. Familias estranjeras de
iguales kondiziones azen de komer
muchísimo mejor.

Lo ke ai es falta de konozimientos,
i de konozimientos zientíficos ke ense-
ñen la kozina razional i no la mekani-
ka.

Para enseñar kozina no abría neze-
sidad de meterse en mil algodonaes,
kreando una eskuela espezial que exi-
jera kuantiosos gastos. Bastaría
mientras ella biene, kon introducir ese
ramo en el Kolejio Superior de Seño-
ritas de San José, zentro desde el

kual se dispersarían á todas par-
tes de la repúblika señoritas po-
seedoras de tan preciozo arte.
También así se forman las maestras
ke aumentarían así el número de ko-
nozimientos útiles para repartir entre
sus alumnas.

Ai ke alabar mucho los esfuerzos
de la señorita direktora del Kolejio,
para conseguir esta klase de kozina en
el establezimiento ke rejenta.

Para ke la enseñanza de la kozina
sea de berdadera utilidad en Kosta
Rika, es nezessario ke ella se amolde
á nuestras zirkunstanziyas. Fuera de af
el lujo: buskemos komodidad, iijene i
buen gusto; i komo material de kozi-
na no deben buskarse kosas eksótikas
sino lo ke las niñas usarán en sus ka-
sas. Maestras de kozina es fazil allar,
por lo menos una entre nosotros. Ins-
talada así la kozina es una kosa prak-
tikable y ke no demanda grandes gas-
tos.

Sin esta klase el Kolejio de Seño-
ritas es un establezimiento ke no llena
su berdadero objeto. Maestras, ó no

VEASE EL AVISO

—DE—

HIGINIO CARMONA